

de los manantiales, habitantes de los bosques y cavernas. Tales como el selvático Betikhan, fauna y cazador. Ellos ayunan durante los eclipses. Según los misioneros, los todas llaman al Creador de los mundos Asura-Suami, y que es Fuego-Luz, pero no saben nada más. Del sacramento de la Ordenación, los teólogos todas enseñan, contrariamente al dogma católico, que es mutable y siempre revocable, que sólo vale por la función, que es loable deponerlo, pero que para continuarlo es preciso renovarlo. Nosotros les recomendamos al Concilio de Trento. Comparada con los grandes dogmatismos, conjunto complejo donde la lógica y el buen sentido se debaten en un *magma* de misterios, en un laberinto de metafísica, la religión que podemos llamar «de la Vaca» es de una sencillez encantadora. Su bondad nos desarma. «Sin duda, dicen esos buenos montañeses, que nuestra religión no está hecha para vosotros, pero á nosotros nos es suficiente y la preferimos á la vuestra. Nosotros creemos en nuestro Palal. La divinidad que le hemos conferido, la ejerce á nuestra entera satisfacción, y si nos disgustara, le licenciaríamos, tomaríamos á otro.»

No obstante, la majestad de sus funciones hace al dios el vacío y la soledad; su aislamiento riguroso no deja de ser penoso á la larga. Tomado en serio por todo el mundo, su divinidad le echa fuera de la humanidad. Nadie se atreve á mirarle, se teme su encuentro. Privado de los goces de la familia, retraído de las relaciones con los humanos, se le encierra en su majestad como en una jaula.

¿Qué hay, pues, de extraño en que se canse de una sublimidad demasiado rígida, y de que, subido tan alto, aspire á descender? El puede solicitar un relevo si alguien quiere substituirle; pero esa vida penosa, que absorbe con su enojosa uniformidad, no se presta para las ambiciones vulgares. El dios que abdica, re-

signa sin demasiada nostalgia el imperio del establo y su infinita responsabilidad, deposita el manteo de sus oficios, égida de sombrío aspecto, como el de Júpiter. Se despereza, sacude sus miembros y abandona el Santo de los Santos, desnudo como había entrado, pues el toda, con su inocente simplicidad, no comprende que aquel á quien los intereses de la comunidad le están confiados, tenga tiempo para cuidarse de sus propios negocios, no admite que la Providencia realice pequeños beneficios.

Algunos Palales, dimisionarios y vueltos á la condición de simples mortales, han solido caer en la nostalgia de la divinidad perdida, han querido remontar al Epíreo; á la primera vacante han vuelto á recobrar sus funciones. Pero han tenido necesidad de pasar por todos los enojos y fatigas de la primera investidura.

Pasemos á los badagas.

Está ya reconocido que todas las religiones, y nosotros no exceptuamos ni siquiera las monoteístas, están ingertadas sobre el Animismo ó culto de los demonios, los cuales se confundían en el origen con las almas de los muertos. Los genios volvían voluntarios á los lugares de su antigua residencia. Entre ellos se encuentran buenos y malos, ó, para hablar con más exactitud, el mismo genio, malo con relación á todo el resto del mundo, es bueno para sus antiguos amigos, para las gentes de su tribu y para sus adoradores; sobre todo si ellos han tenido la atención de prepararle un domicilio, de llevarle en forma de amuleto sobre su persona.

Los niños badagas viven asegurados contra los accidentes de cualquier índole, por talismanes amasados con la tierra y cenizas tomadas en el lugar de la in-

cineración. Los todas que han pasado á la otra vida preséntanse menos complacientes; al menos los supervivientes cierran cuidadosamente el agujero en que han sepultado los restos del difunto, y ruedan una piedra, la tocan con la frente como último homenaje, y luego se esquivan, temiendo ser cogidos si se entretienen mirando atrás; pues el espíritu, en su primer abandono, y hasta que se ha acostumbrado á su nueva posesión, se entrega fácilmente al funesto deseo de matar personas sin motivo, con frecuencia á pesar suyo, ó hasta por afecto. Cuando hace su aparición una epidemia, es que el último muerto recorre el país haciendo de las suyas.

Los escitas y los godos adoraban una espada. Los badagas veneran el cuchillo, enmohecido desde hace tiempo, con el cual uno de sus héroes se quitó la vida. Los suicidas, los asesinados, las mujeres muertas de parto, las jóvenes y mozos muertos antes de probar los goces del amor — recuérdense *Las Prometidas de Corinto*, cantadas por Gœthe, — los que perecen prematuramente, y en general, los arrebatados por muerte violenta, tienen la reputación de inquietos y taciturnos, maliciosos y pérfidos. Su poder está en razón de su malevolencia. El espíritu del suicidado frecuentará la hoja sangrienta á la que se le eligirá domicilio. Será llevada en triunfo y se la colocará en una capilla donde una lámpara arde noche y día.

Una badaguita decía haber visto una piedra que exudaba sangre. La noticia fué recibida con entusiasmo; justamente el dios del pueblo acababa de ser robado por vecinos celosos. No cabía duda que la piedra sangrienta se había negado á dar asilo al alma de un asesinado. Así, pues, no hay demonio más activo y robusto que el de un individuo muerto en pleno vigor, aun exasperado por la violencia de que fué víctima. Un dios malo es preferido por la razón que hace

á un campesino buscar un perro feroz que le sirva de guardián atado á la puerta. La piedra, fué, pues, erigida en santo patrón.

Los demonios suministran oráculos en épocas fijas ó cuando son requeridos especialmente. Para recibirlos arman las grandes zambras, los tambores hacen gran papel. Llega el *medium*, y para saludarle se hace el más profundo silencio. Entra en medio del corro, agita el tridente, cetro infernal, llevado por Siva, por Plutón y también por el diablo cristiano. Desnudo, salvo un estrecho cinturón amarillo, blanco ó rojo, va y viene, echa hacia atrás ó hacia adelante los brazos, salta, cocea, bota y da vueltas como los derviches rodadores; llegado el momento anda sobre carbones. Prologados aullidos acompañan la orquesta, luego se acentúa el escándalo y los gritos se hacen más agudos; se le da á beber sangre. De repente parece agitado, tiembla todo el cuerpo, los ojos le saltan de las órbitas, adquieren un fulgor salvaje. El dios le ha cogido, le tiene fijo, rígido, huraño y derrama sobre él el embriagamiento profético. Hélo ya exhortando á los asistentes, echando oráculos; contesta á las cuestiones acerca del otro mundo. Luego, repentinamente, cierra la consulta, declara tener hambre y sed. Si es un gran demonio, se le sirve leche de coco y un poco de arroz; un diablillo cualquiera se contentará con carne de arac.

En toda ocasión el problema es el mismo: decidir al demonio evocado, el de la peste ó el de la fiebre tifoidea, el de las ratas ó las orugas, del tigre ó del cocodrilo, del viento ó del frío, del árbol ó de la roca, á entrar en el cuerpo del bailador; una vez se haya alojado, se tendrá sobre él alguna acción, se dejará influir. Se le hace, pues, comer y beber, se le halaga y divierte; para engañarle y mantenerle, si pueden, para despreciarle, y algunas veces someterle á tortura, para vengarse de las enfermedades y sufriendo

tos que infligió. Los todas tienen que arreglar diferencias relativas á sus mujeres y rebaños — únicas cosas por las que se inquietan, — se dirigen en tales casos á uno de los sublecheros, que, de grado ó por fuerza, ha de danzar, brincar y saltar, se flagela, gruñe y grita, hace rodar sus ojos—penoso ejercicio;—la baba y el sudor le inundan el cuerpo. Entonces, pues, el demonio pronuncia oráculos, tanto más profundos cuanto menos comprendidos son.

El demonismo, á pesar de su crueldad y de su brutalidad, no tiene en los Nilgherris el carácter repulsivo que en otras partes. Esos potentados de ultratumba no son exigentes; sus ministros se contentan con cosas modestas: leche, frutas y aves; en los países cálidos, el apetito es moderado. El orgiasmo demónico toma el carácter de las poblaciones ambientes. Relativamente benigno entre los bebedores de leche, en otras partes cae en el canibalismo, y se embriaga con libaciones de sangre; por todas partes, sin embargo, las prácticas son muy parecidas.

«Con objeto de saciar el hambre del Tigre Blanco, dice Deunys en su *Folklore in China*, se puso á cocer un cerdo entero en una gran caldera. El camán, rabioso, cogió un niño con cada mano y se puso á bailar. Dió vueltas, saltó, brincó, marchó á gatas y finalmente hizo el tigre. Sumergió la cabeza en la caldera hirviendo y cogió un trozo de carne con los dientes para el nichito más pequeño; luego la sumergió de nuevo para el otro niño, y luego para él, el Viejo Tigre.»

Por el demonismo se explican los misterios de Zagreus y la mayor parte de los ritos cetónicos y báquicos. Si no conociésemos, por otra parte, las orgías de Dionisos y de la Gran Madre, podríamos formarnos una idea bastante exacta visitando á los ghats, los nilgherris y los vindhías.

Véase lo que dice Walhouse:

«Muchas veces, cuando, siguiendo la costumbre anglo-india, yo me paseaba antes de la salida del sol, encontraba grupos que parecían volver de alguna fiesta nocturna. ¡Alta y hermosa raza la que habita las costas orientales! Cuando veía las antorchas arder bajo los pinos, y á sus mujeres coronadas de flores, vestidas á la antigua usanza con ropas de vivos colores, parecíame ver Bacantes y Ménadas, el Citerón estremeciéndose al ruido de clarines y timbales.»

La vida ascética arrastrada por los divinos pastores, la persuasión de que ellos son hermanos ó primos del Sol, les vale á esos todas el temor y respeto de los extraños. Desde hace largo tiempo, los badagas hubieran cesado de pagar el pequeño tributo en cereales que reclamaban esos supuestos soberanos del suelo, si no fuese porque de vez en cuando un Palkarpal baja desde las altas cimas. Todos entonces caen de hinojos ante él; manda y todos obedecen, por temor á que desencadene sobre sus rebaños el furor y la maldición. Nadie sería osado de disgustarle.

También el curumba por derecho de nacimiento, es hechicero. Los todas y curumbas se respetan entre sí; el pobre badaga teme á unos y á otros. Pastor y agricultor en una pieza, lo teme todo de todos, y más principalmente del curumba, enfermo, deforme, siempre hambriento, que pasa más por fiera que por hombre. Al encontrarlo inesperadamente, los niños son presa de terribles convulsiones, y algunas mujeres han caído muertas en el bosque. Para colmo, el badaga debe aún guardarse del humilde irula. La divinidad emana temores como el sol prodiga su luz. Los hijos de Israel juraban en nombre del Señor de los Espantos; y decían temblando: «No se puede ver al Eterno y vivir.»

Poderoso es el demonio que mira con la avidez del curumba. He ahí por qué el tímido badaga hace de ese salvaje su oficiante ordinario, á pesar de poseer en su propia población los Haruarus, la secta de las diez y ocho castas, tribu de levitas, servidores del buey Bassava, sacerdotes del templo cónico que contiene la piedra *maha linga*, figura del falo divino. Esos curumbas desgraciados poseen, no obstante, un tesoro de encantamientos, de plegarias y de gracias. Durante la siega, cogen un cenacho y lo llenan de grano nuevo para hacer desbordar los trojes. Los haruarus sufren la influencia de los brahmanes, que ellos imitan con la torpeza del mono; pero, porque esos sacerdotes tienen pretensiones, y su camanismo está impregnado de respetabilidad, su existencia es inferior al de abyectos hechiceros de las tribus vecinas. Se dirigen con preferencia al más grosero salvaje. Pasa por éstas más familiarizado con las costumbres de los malos genios y con los lugares que ellos frecuentan. Además, el demonismo place á los espíritus incultos, á los cuales satisface en razón directa á su barbarie y falta de razón.

El curumba se erige, pues, en echador de suertes. La gallina que muere de pepita es por el maleficio del curumba; el novillo enfermo, está maldecido por él, y lo mismo la vaca que enflaquece. Si un hombre muere es por esas abominaciones mágicas. Un día todas y badagas se unieron para exterminar á esos malditos, pero no pudo ser porque se perdieron en la espesura de los bosques. Temidos por todo el mundo, lo temen todo á su vez; su vida está siempre en peligro. Cada instante están expuestos á que una multitud se les eche encima y los destruya so pretexto de vengar cualquier pretendido maleficio. No se encuentra uno que no haya sido maltratado, alguna vez lapidado. Tantos servicios tantos títulos de honor; se sienten halagados al saber que se les atribuyen pode-

res que bien quisieran poseer. Como los hechiceros normandos, «des gusta más bien pasar por ejerceedores de una industria bribona que como artífices de un oficio necio» (1). Halagados por la mala reputación de que gozan, se ofrecen para deshacer lo que pasan por haber hecho, á desechar los maleficios que han echado. ¿Que el trigo está añublado y los rebaños tienen morriña? ¿Duele la cabeza ó está el estómago ocupado? Pues llega uno de esos bribones y ofrece arrojar al demonio — cosa muy fácil... ¡son sus amigos particulares! — así, pues, expulsa á Belcebú por Belcebú mismo. ¿Que la langosta destruye los sembrados? El remedio es de lo más fácil: un curumba se pone á cuatro patas y muge como un novillo...

Cada poblado tiene á sueldo dos ó tres de esos extraños manejadores de exorcismos, rompedores de encantos, y, según ellos son requeridos, arreglan el erario, producen la mejor sementera, siegan el primer haz de mieses, hieren con la peor de las pestes ó cuecen la mejor hogaza.

Harkness cuenta: «La familia entera asistía á la inauguración de las labores, la cual presidían dos ó tres curumbas. Uno puso sobre la tierra una piedra que cubrió de flores salvajes; arrodillándose la incensó y roció con la sangre de un macho cabrío. Luego empuñó el arado, y después de conducirlo uno ó dos minutos entregó la esteba al agricultor; después de esto se retiró llevándose consigo la cabeza de la res sacrificada. La recolección llegada, para cobrarse sus servicios, se llevará tantos haces como puedan soportar sus espaldas; y después de la trilla reclama aún la sexagésima parte que le corresponde.»

Las augustas funciones que ellos llenan á los Cuatro Tiempos badagasos, no les impiden desempeñar en

(1) Bosquet, *La Normandie Romantique*.

otras ocasiones los papeles de mimos, saltadores, flautistas y tamborileros. Hechicero y saltimbanqui, sacerdote y bufón, bribón y artista, el personaje es completo. Los pobres badagas han imaginado hacerles beber de vez en cuando leche de sus rebaños, persuadidos de que el blanco líquido, tan puro y tan bueno, salido de tan honradas criaturas como lo son sus vacas, les blanqueará el alma y les inspirará candor. El curumba pasa por esos obsequios. Eso nos recuerda á los salvajes tesalianos, á los cuales los civilizados de la antigüedad atribuían espantosos poderes; á esos judíos de la Edad media que nos infectaron el demonismo, esos judíos á quienes el sínodo de Elvira prohibió nombrar cuando habían acabado de roturar los campos. Durante varios siglos, los cristianos se ocultaban en sombríos reductos y profundas cavernas, consultaban á los nigrománticos y echadores de buenaventura, no obstante creer que esos empíricos habían de crucificar á Cristo nuevamente. Mucho tiempo el hechicero judío fué preferido á todo otro; pues era reputado como maestro en alquimia, en astrología y magia negra. El Antiguo Testamento, tanto en hebreo como en latín, pasaba por el más temido de los formularios de magia.

Contemplad esos sacerdotes y mendigos de las lagunas, esos bribones y echadores de suerte, intrigantes y estriones: guardadles en vuestros recuerdos. Esos humildes antepasados de las castas sacerdotales explican el por qué los ministros de los altares, á pesar de la respetabilidad, los enormes poderes y la todopoderosa influencia que ellos han sabido ejercer, no han podido lavar la mancha original. Hasta los mismos que se arrodillan ante ellos les creen cuervos de mal agüero, pájaros de funesto augurio; temen su encuentro y tenerlos por compañeros de viaje. El pueblo tiene el vago, pero imborrable recuerdo, de que los oráculos que

hoy lanzan en nombre de los ángeles de luz, los lanzaban antes por un respiradero del infierno. Esos servidores del Todopoderoso recuerda haberlos conocido como soportes del diablo, y desconfía de ellos. Desconfía, sí, pero cuanto más desconfiado mejor se deja engañar.

Persuadidos de que los misioneros venidos de Europa eran hechiceros muy superiores á los suyos, los todas y los badagas los acogieron bien. Ellos no pedían sino creer en cuanto quisiesen, pero insistían en que los librasen de esos terribles curumbas, que no dejan sazonar las frutas, esterilizan las vacas y extinguen las fuentes de leche. Al ver que los predicadores del Evangelio se negaban á organizar la degollación de sus rivales y hasta á infestarlos por la peste, sintiéronse desilusionados y sin entusiasmos. No obstante, les fué forzoso reconocer que el Dios inglés, Señor de los Fusiles y Bayonetas, Amo de los Cañones y del Whisky, tenía el brazo bastante más largo que Cotorou Peiki y hasta que Siva y su buey Bassava. Esperando conquistarse su benevolencia, erigieron una capilla, en la que colocaron con gran pompa un Nuevo Testamento tamul, que los convertidores habían dado como la Proclamación y el Gran Edicto del Eterno Jehová, el secreto de la salvación, la abreviatura de toda ciencia, la revelación de todos los misterios del cielo, de la tierra y de los infernos. Muy pronto circuló la leyenda de que todas las noches el Jesús de los feringsis venía á probar la leche y las bananas depositadas en su altar. Desgraciadamente una epidemia desoló el país poco tiempo después y el llamado Jesús fué conceptuado como responsable por culpa de los misioneros, que habían predicado que ni siquiera la hoja del árbol se mueve sin su voluntad expresa y su orden soberana.

Era preciso tener limpio el corazón, y volvieron á sus antiguas divinidades nacionales. Los sacerdotes aproximaron el oráculo, lo consultaron arrojándole flores: — ¿Ese á quien llaman Jesús es un buen Souami?

Pero la mayor parte de las flores cayeron del lado izquierdo; quedaba, pues, demostrado que el dios extranjero no era, ni con mucho, un buen Souami. Y los curumbas, enemigos declarados de los *gurus*, *vodiarus* y *caucurus*, confirmaron la contestación. No cabía duda, el fetiche inglés tenía mal carácter, era peligroso aproximársele. Por mucho que les costara, los habitantes emigraron en masa, abandonaron sus campos y sus chozas huyendo de la capilla del Jesús Blanco y de su Libro.

Pero uno de los misioneros de que se trata, Metz, era tan enérgico como sincero y convencido; sentíase unido á las poblaciones que tanto había estudiado desde largo tiempo; á él es á quien la ciencia debe, digámoslo de paso, la mejor de sus informaciones sobre esas poblaciones, información que él facilitaba á todos los viajeros que se sucedían en los Nilgherris. Resuelto, no obstante, á salvar las almas extraviadas, y contando, por otra parte, con la enérgica protección de los ingleses, emigró también él, fué á establecerse en otro distrito, á fundar una escuela, para la cual obtuvo subvención del gobierno. Los niños aprendían fácilmente á leer y escribir, pero demostraban una repugnancia invencible en rogar á Jesucristo en su propia lengua. Un día que tuvo la ligereza de abrir la clase con una invocación á Jesús, invitando á los alumnos á que la repitiesen, toda la nidada voló en un momento, unos por las puertas, otros por las ventanas. El corrió tras de ellos, alcanzó algunos fugitivos y les preguntó: ¿Qué mosca os ha picado? ¿Por qué huís de este modo? Y los rapazuelos, llorando: «¡Dejadnos! ¡No queremos hacernos cristianos! ¡No! ¡no! Si de-

cimos el *mautrouns* de los cristianos, Jesucristo nos oirá, vendrá y se nos llevará.»

Todo es relativo, y esos badagas, badaguitas y badaguitos se mostraron aún superiores á sus vecinos del Travancoca, que no se atrevían ni á tocar siquiera los libros ingleses, temerosos de que el demonio de los garrapatos impresos no les mandase elefantes para destruir y aplastar sus cosechas. *¡Principiis obsta!*

*Dejadles meter un pie en vuestra casa,
Muy pronto habrán metido los cuatro.*

No obstante su fracaso, el evangelista era muy respetado; temían ofender á ese gran mago, al que le habían dado el extraño apelativo de Dios Tres Cuartos, porque, decían ellos, no le faltaba gran cosa para que fuese Dios completo. Jamás se dudó de su poder, pero dejaron de creer en sus buenas intenciones cuando no quiso favorecer la escapatoria de una mujer con su amante; lo cual, según la opinión pública, era un deber de hombre amable. Y su reputación sufrió un rudo golpe cuando se negó terminantemente á probar la verdad de su misión andando descalzo sobre hierros encendidos, cosa que los haruarus hacen sin que se les invite á ello. ¿Pues no había declarado ese extranjero, y repetido varias veces, que su Jesús tenía cuenta de todos los cabellos, cuenta de todas las plumas que adornaban á los pájaros? ¿No había contado la aventura de los tres jóvenes Sadrach, Mesach y Abed Negro (1), que el Nabucodonosor hizo arrojar á un horno? ¿No había asegurado que los tres salieron sanos y salvos?

— Pues bien, haced otro tanto — concluían esos pobres badagas. — ¡Haced otro tanto! — repetían esos ignaros todas. Y fué imposible hacerlos entrar en razón.

(1) Daniel, III.